

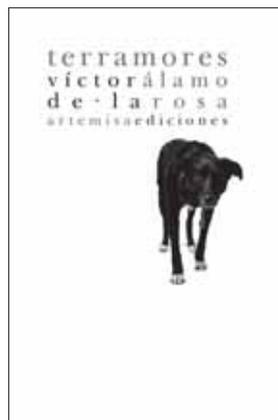


RESEÑA

# TERRAMORES

DE VÍCTOR ÁLAMO DE LA ROSA

ANTONIA MOLINERO



*Terramores*, Víctor Álamo de la Rosa.  
Artemisa Ediciones. 2008.

¿Quién no ha visto un burro volando?

*Terramores* es una palabra inventada por el autor y que significa “tierra de amores”.

*Terramores* cuenta dos historias de amor, una feliz y la otra desgraciada. Ambas ocurren bajo tierra, en cuevas, tumbas y tubos volcánicos y todo, dentro de un mundo amenazado por un terrorismo inventado, por un miedo o un rencor hacia el extraño, al distinto, al raro.

Los habitantes de los tubos son amantes furtivos, huidos e inmigrantes, todos escondidos en las tripas de la tierra madre que cobija, pero sin olvidar que el infierno está por ahí abajo, en lo más oscuro de nuestra casa, en el pozo secreto.

¿Por qué se esconden? Porque hay cosas que no se pueden ver, por si las moscas. La mosca en Masilva no se planta en la cara, sino que viene volando en forma de grito pregonero y nocturno de los muchachos de Masilva. Un grito llamado el malgareo, costumbre por la que cuando moría un animal se repartían las partes, dando a cada uno lo suyo. Se gritan las vergüenzas de cada cual, repartiendo los trozos de un burro: que si un trasero para la del culo seco, que si una pinga para la que nadie sabe si chinga.

El malgareo es lo que se cuenta a escondidas, los secretos a voces, lo que sale desde el fondo de la conciencia a la voz del pregonero, ése que cuenta lo que no se debe contar. La verdad se canta, se grita y el culpable se tensa en la cama, maldiciendo lo que no se puede ocultar.

Los burros se reparten para que los secretos no estén nunca a buen recaudo. La inocencia del burro se hace pedazos en la exhibición de sus partes nobles y el eco les acerca la vergüenza a la cara como esas orejas de burro que se le ponían al torpe, al burro de la Escuela para que todos supieran que algo no iba bien. Pero las cosas nunca van del todo bien ni para los perros. En *Terramores* los amores se sepultan para que nadie los vea y así poder entregarse al pecado más vivo, al sexo sin miramientos, sin tabúes, a lo bestia, porque allí la libertad se practica a sacudidas, se gana siempre haciendo lo que a uno le sale de dentro de dentro, con esa misma gana loca que saca el escritor peso pesado Víctor Álamo de la Rosa.

En *Terramores* hay un escape para todo, hay infiernos para vivir y gozar de la carne y hay formas de guardar las apariencias porque siempre son mal vistos los amores ilícitos, y hay formas de vengarse del yugo y del verdugo. Pero la venganza y la oscuridad tienen un tributo y el Fausto pagará su mosca en forma de drama pleno en este universo de Masilva, un pueblo del Hierro, eje herrumbroso excavado como una tumba en la Isla Menor que nos sirve de

mapa para ver un mundo muy actual.

Nada parece cambiar nunca y por eso el tiempo se queda quieto en Masilva.

*Terramores* complementa el tiempo indefinido de sus anteriores novelas y lo rellena de tierra, baja al sótano como la pantera de Amos Oz. Hay que bajar al tubo, a la tumba, para rehogar el guiso de *Campiro que* y *El año de la seca* y servirlo, ahora, más sabroso.

Sin dudas el texto embruja, revela una magia oculta, magia de la narrativa que nos hace meternos en las alcobas volcánicas, subterráneas y ver cual *voyeur* a los amantes en plena faena. La literatura de Álamo de la Rosa se construye desde el encantamiento con burros unicornios, fantasmas en las nubes y pinos sagrados. Y mucho sexo, mucho.

*Terramores* procura auténtico placer lector porque está parida desde la realidad con dolor, como el parto del niño negro que nace porque nace, por derecho, aunque sea a golpes de mar. La metáfora de cómo Manuel el Huido lo saca del vientre de la madre casi muerta, simboliza la libertad en manos de un terrorista de pacotilla cuyo único terror es ser diferente en las ideas, ser rojo y, los rojos, los negros, y los moros, no gustan al cacique y al cura cagón.

No es tolerable para el remilgo ñoño e ignorante la sofisticación de la pasión. La seducción es el diablo y es el extranjero, y el peligro también es la irrealidad que entra en escena de manos del

sexo para mitigar el frío de lo cotidiano que pesa como el hielo en una tierra caliente por dentro. La pasión se mezcla en el infierno propio y en el ajeno. No son cumbres borrascosas son tubos volcánicos. Submundos para transitar sin la carga de la realidad. El infierno es más amable pero el único goce tiene su impuesto revolucionario que puede ser castigo de muerte. El final: para unos fuego y para otros mar por medio.

La geografía del Hierro cae sobre los personajes como un correlato de sus vidas: estrechos como los tubos, estrechas como las miras de Inocencio, obtusos como Eliana, preciosa isla como Baldomera, la más bonita de todas, anchos como el mar, anchos como los bebedores de esperanzas que son Rosa y Manuel, locos como el viento, como Policarpo y Cesarín y como don Nicasio de Jesús en sus trece de educador sin alas, cuervo feo y negro, diana de terroristas necesarios.

Víctor Álamo de la Rosa se expone fieramente vigoroso en la prosa, evidente en la acción y aéreo en la metáfora. *Terramores* es una novela desorbitada y sin afectación, es plena porque resistirá al tiempo porque no juega con él, es otra dimensión de las cosas, otro plano del amor, de la muerte y del miedo. *Terramores* permanecerá porque la primera sustancia del miedo se hace con la amenaza del que viene de fuera y, qué lástima, porque eso no cambia. El de dentro tiene enquistado el poder y nanay de la china que otro venga a por el cetro.

El pasado que pesa pide siempre paso para que no se olvide. El rencor vive en las entrañas como los amores prohibidos. Y a pesar del tiempo, ese tiempo intemporal de *Terramores* siempre pasará lo mismo: el extranjero amenaza, el poder que se enquista y al final todos con la casa sin barrer.

*Terramores* es un libro de imágenes sobrenaturales y telúricas con días donde el cielo es una película en la que salen muertos cabalgando en nubes. También salen vivos que en la noche desaparecen en grutas, desaparecen en el otro. Todo infierno, pura pasión.

Novela deslumbrante y muy francesa por lo literario. Lo francés es lo sofisticado de Baldomera, la obsesión por el lujo de esa Emma Bovary que es Baldomera y que como a ella, la realidad le acaba devorando, aunque a la herreña no le ahoga su matrimonio, sino la falta de él, la falta de recursos, la isla pequeña. Y el narrador de Víctor Álamo de Rosa como esa voz de Flaubert que se pega tanto a la subjetividad del personaje, que por momentos se confunde y se tiñe con la voz de Baldomera, la Bovary de Álamo de la Rosa que se tiñe con todos, que se mezcla y arrejunta, que se expone y cuenta... pero los amantes de *Terramores* no se cuentan historias, no juegan a la seducción verbal, eso sólo es para Manuel el Huido y el pobre Policarpo. Ellos sí se emplean en la palabra ya que su mejor baza es decir lo que sienten y no sólo lo que el otro quiere escuchar.

La fascinación por los símbolos y la magia dentro de las descripciones rústicas, de la presencia de la muerte y la obsesión por el sexo primitivo, que duele y cala porque es de lo poco que se tiene para olvidarse de uno mismo. La amenaza también está hecha de ratones que roen los sueños o de los cuervos esperando al muerto pero, pobres bobos, la muerte no puede matar a quien no sueña porque ése ya está muerto.

*Terramores* es puro cuento, teatro, poesía y cine que sin razonamientos lógicos, nos eleva a otra circunstancia, a un mundo perdido en el océano que llevamos dentro y que se nos echa encima, se nos viene como el burro, se nos precipita como la rutina, como cuando se nos cae la casa encima.

Novelón de forma estilística de alta escuela, de buena literatura, de la valiosa de la que se pega a las carnes del cerebro y te deja pensado y disfrutando como un buen beso o un buen vino. Novela profunda como esas caladas de cigarrillo de cuando fumar era un placer. Víctor Álamo demuele el uso de los tiempos verbales y de los sustantivos. Los adjetivos los abrocha y desabrocha en un festín de surtidos giros y juegos de palabras plastilina.

En *Terramores* se aman como se habla: con ganas de volver al beso, al verso. Palabra y saliva para alimentar el libro, el deseo de seguir amando y de seguir leyendo.

Un premio para la literatura que cuenta que las cosas nunca acaban de ser como quisiéramos, nunca lo son. Cuenta que hay algunos que emergen del infierno cuando aprieta la rabia porque los ratones ya les han roído los sueños, y ya no son capaces de ver burros volando porque los cuervos les han comido, no ya los ojos, como a la cabrita chiquitina, sino la mirada. Y esa hay que estirarla hasta el otro lado del horizonte, hasta donde aguanten nuestras ilusiones.

Se dice en *Terramores* “la ignorancia también es el diablo”. Solo el amor de Rosa y la poesía de Manuel el Huido nos salvan para siempre.

Touché, Víctor.